

VIVIR CON EL ESPÍRITU SANTO

Objetivo:

Compartir quién es el Espíritu Santo para nosotros y qué relación tenemos cada uno con Él. Y animarnos a estrechar esa relación. Estamos en un tiempo oportuno, a mitad de la cincuentena pascual y acercándonos a la fiesta de Pentecostés.

Qué o quién es el Espíritu Santo

Lo que sabemos del Espíritu

Probablemente lo primero que respondamos a esta pregunta todos los que estamos aquí es, como dice el catecismo y el moderno Youcat, la tercera persona de la Trinidad. Pero, ¿qué decimos cuando decimos esto? Explicar la Santísima Trinidad es algo más que complicado. Eso de las tres personas y un solo Dios que dificulta que los no cristianos nos consideren monoteístas es también espinoso para nosotros a la hora de asimilar intelectualmente el discurso doctrinal. Probablemente las formulaciones doctrinales conocidas no pertenecen ya a nuestro modo, no solo de decir sino incluso de pensar, de comprender las cosas y, salvo si ya lo hemos adquirido por gracia y experiencia, nos son ininteligibles. Dejando aparte el concepto en sí de la Trinidad, y volviendo a cada una de las personas que la forman, quizás el más difícil de identificar con la vida cotidiana es el Espíritu. Porque de padres e hijos todos tenemos experiencia, sabemos qué es un padre y qué es un hijo, y desde luego son personas, pero quién o qué es espíritu. No conocemos a nadie que nos muestre qué es ser espíritu. Por eso al decir que el Espíritu Santo es “la tercera persona” en nuestro universo conceptual resulta forzado. Persona y espíritu parecen apuntar a realidades distintas. Decir persona apunta a materia, a lo concreto, al individuo. En nuestra lengua persona y espíritu son difíciles de casar. Hay que acudir al lenguaje estrictamente religioso para que estos conceptos sean asimilables.

En la Biblia, desde el principio se habla de espíritu. Pero el término “espíritu” es polivalente, es decir, significa cosas diversas (viento, respiración, espíritu del hombre como esencia y conciencia y los espíritus como fuerzas que actúan en el hombre)

En el segundo versículo del Génesis, antes de la creación, ya nos dicen que “un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas”

Algo hay común a todas las acepciones de espíritu: nos transmite una idea de vida (mientras hay aliento hay vida), y de vida esencial. Con palabras del diccionario bíblico de León Dufour, “espíritu tiende siempre a designar en un ser el elemento esencial e inefable, lo que lo hace vivir y emana de él sin que él lo pretenda, lo que es más él sin que él pueda dominarlo.”

Me vale esta definición para centrar mi reflexión por donde quiero que discurra. Pero voy a hablar del Espíritu Santo como la herencia que recibimos de Dios y después, espero retomar esta definición para aclarar qué heredamos y cómo lo heredamos.

El Espíritu Santo es la herencia de los hijos de Dios

Ahora quiero proponeros la lectura de dos textos bíblicos muy lejanos en el tiempo, pero que yo encuentro muy semejantes: la separación de Elías y Eliseo, por una parte, y la de Jesús de Nazaret y sus discípulos por otra. Nueve siglos median entre ellas.

El capítulo segundo del segundo libro de los Reyes empieza así:

[1] Cuando el Señor iba a arrebatarse a Elías al cielo en el torbellino, Elías y Eliseo se marcharon de Guilgal. [2] Elías dijo a Eliseo: ---Quédate aquí, porque el Señor me envía solo hasta Betel. Eliseo respondió: ---¡Vive el Señor!, ¡por tu vida, no te dejaré! Bajaron a Betel, [3] y la comunidad de profetas de Betel salió a recibir a Eliseo. Le dijeron: ---¿Ya sabes que el Señor te va a dejar hoy sin jefe y maestro? Él respondió: ---Claro que lo sé. ¡Callaos! [4] Elías dijo a Eliseo: ---Quédate aquí, porque el Señor me envía solo hasta Jericó. Eliseo respondió: ---¡Vive el Señor!, ¡por tu vida, no te dejaré! Llegaron a Jericó, [5] y la comunidad de profetas de Jericó se acercó a Eliseo y le dijeron: ---¿Ya sabes que el Señor te va a dejar hoy sin jefe y maestro? Él respondió: ---Claro que lo sé. ¡Callaos! [6] Elías dijo a Eliseo: ---Quédate aquí, porque el Señor me envía solo hasta el Jordán. Eliseo respondió: ---¡Vive el Señor!, ¡por tu vida, no te dejaré! Y los dos siguieron caminando. [7] También marcharon cincuenta hombres de la comunidad de profetas, y se pararon frente a ellos, a cierta distancia. Los dos se detuvieron junto al Jordán; [8] Elías tomó su manto, lo enrolló, golpeó el agua y el agua se dividió por medio, y así pasaron ambos a pie enjuto. [9] Mientras pasaban el río, dijo Elías a Eliseo: ---Pídeme lo que quieras antes de que me aparten de tu lado. Eliseo pidió: ---Déjame en herencia dos tercios de tu espíritu. [10] Elías comentó: ---¡No pides nada! Si logras verme cuando me aparten de tu lado, lo tendrás; si no me ves, no lo tendrás. [11] Mientras ellos seguían conversando por el camino, los separó un carro de fuego con caballos de fuego, y Elías subió al cielo en el torbellino. [12] Eliseo lo miraba y gritaba: ---¡Padre mío, padre mío,

carro y auriga de Israel! Y ya no lo vio más. Entonces agarró su túnica y la rasgó en dos; [13] luego recogió el manto que se le había caído a Elías, se volvió y se detuvo a la orilla del Jordán, [14] y agarrando el manto de Elías, golpeó el agua, diciendo: ¿Dónde está el Dios de Elías, dónde? Golpeó el agua, el agua se dividió por medio y Eliseo cruzó. [15] Al verlo los hermanos profetas que estaban enfrente, comentaron: ---¡Se ha posado sobre Eliseo el espíritu de Elías!

De este modo presenta la Biblia al profeta Eliseo como heredero del profeta Elías.

Veamos ahora que nos dice la Biblia de Jesús y los apóstoles: nos cuenta el evangelista Juan que Jesús iba preparando a sus discípulos para su desaparición. Los discípulos, como Eliseo, también se resisten a separarse. Jesús les dice que no se turben ni acobarden y les promete él a los discípulos que, cuando se vaya, les enviará el espíritu. Y propone el espíritu como más beneficioso que su propia presencia. “Pero yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré” (Jn 16,7) y antes les había dicho: “Y yo rogaré al Padre, y Él os dará otro Consolador para que esté con vosotros para siempre” (Jn 14,16) y aclara quién es el consolador “el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, El os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho.” (Jn 14,26)

Entiendo yo que el Espíritu Santo es la herencia de Jesús para sus amigos, discípulos, seguidores, los de ayer y los de hoy. Esta herencia que, a su vez él ha recibido de Dios Padre.

Jesús es fruto del Espíritu Santo, del Espíritu de Dios, y la acogida incondicional de María. La vida y obra de Jesús también viene avalada en el bautismo de Jesús por la manifestación del Padre con palabras de reconocimiento y donación del espíritu: “el Espíritu Santo descendió sobre Él en forma corporal, como una paloma, y vino una voz del cielo, que decía: Tú eres mi Hijo amado, en ti me he complacido.”

Luego, parece que podemos afirmar que Jesús recibe del Padre el Espíritu y a su vez es el mediador para que nosotros participemos de esta herencia.

Participar de la herencia

Para participar de la herencia es necesario aceptar la herencia, conocerla y disfrutarla.

Aceptar la herencia

La donación de Dios es universal. Por parte de Dios, nadie queda fuera, no hay desheredados. El Espíritu Santo es para todos y se nos

da a todos. En todo hombre está presente el Espíritu de Dios, aun cuando lo ignore. Pero no todos aceptan vivir como herederos.

Siempre podemos acceder a participar de esta herencia. Nuestra Santa nos dice muchas veces que Dios no se cansa de dar, que no nos cansemos nosotros de recibir.

Salvando, pues, que por parte de Dios todos somos herederos, llamados a participar de la herencia, queda que nosotros nos sintamos hijos y queramos vivir como tales. Porque “habéis recibido un espíritu de adopción como hijos, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” (Rm 8,15) y Gálatas 4,6 Y porque sois hijos, Dios ha enviado el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, clamando: ¡Abba! ¡Padre!. La condición primera para disfrutar de la herencia es reconocerse hijo, hijo de Dios, pero este mismo sentimiento de hijo es ya parte de la herencia recibida.

“y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Rom 8,17)

Somos, pues hijos y herederos, pero cuál es la herencia, qué recibimos al recibir el Espíritu del Padre y del Hijo.

Conocer la herencia

Solemos asociar a la idea de herencia el recibir bienes materiales, propiedades, dinero, etc. Pero también es herencia la carga genética y un algo que no pertenece al material genético propiamente, pero nos configura. En esta herencia los padres nos transmiten algo de lo que son, no lo que han adquirido y tenido, sino el propio ser. Yo creo que el Espíritu Santo tiene más que ver con esta herencia, mezcla de genética, historia personal y personalidad. Dios no nos da de lo que tiene, nos da de lo que es. El espíritu de Dios es Dios mismo.

Retomemos ahora la aproximación al significado de espíritu de León Dufour que ya he dicho antes: “espíritu tiende siempre a designar en un ser el elemento esencial e inefable, lo que lo hace vivir y emana de él sin que él lo pretenda, lo que es más él sin que él pueda dominarlo.”

Hay algo que nosotros en nuestras relaciones humanas identificamos con este concepto de espíritu, aunque lo designamos con otros términos. Generalmente, es más fácil percibirlo que definirlo. Por ejemplo, todos conocemos personas a las que admiramos porque irradian una fuerza vital, una capacidad de entrega, por su visión de la vida, por su capacidad para sobrellevar contrariedades, por su paz, de las que podríamos decir que tiene “muy buen espíritu”. Fácilmente podríamos decirles como Eliseo a Elías: “dame parte de tu espíritu, o ánimo”

También reconocemos un espíritu colectivo. Podría identificarse con un “algo” que comparten los miembros de una familia o grupo y los identifica, los caracteriza. Es algo que los asemeja entre ellos y los distingue de los demás. Es algo que se percibe, aunque no alcancemos a concretarlo. No es material, pero no deja, por eso, de ser real. Porque es algo que dice del ser mismo, de la esencia, de la vida que se transmite a veces con un solo gesto. Por eso hablamos de espiritualidades de las distintas familias religiosas y grupos eclesiales, viene a ser ese estilo, con matices propios que tiene cada grupo para asimilar y vivir el evangelio.

Lo que recibimos de Dios es Dios mismo, es su ser y su vida. Y el ser de Dios y su vida es amor. Nuestra herencia, el Espíritu de Dios que se ha derramado en nosotros es amor. Participamos de la vida de Dios, de su amor y nos llama a vivirlo conscientemente y dejar que, como en Él este amor desborde. Dios es amor y no puede darnos más que amor.

Disfrutar la herencia

¿Cómo podemos disfrutar de esta herencia recibida? Creo que para disfrutar de algo lo primero es hacernos conscientes de que lo tenemos y de que es un bien. Esto pide de nosotros una actitud de fe: Señor, yo creo que tu Espíritu habita en mí, que tu vida y la mía están unidas, porque tú lo has querido así en tu bondad y yo quiero responder a este regalo. Jesús en la sinagoga al leer el pasaje del profeta “el espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido... (Lc 4,18) añade “esta escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy” (Lc 4,21) Jesús reconoce el espíritu de Dios en él y asume la responsabilidad de quien se reconoce ungido: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado para proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19)

Después de un acto de fe, de reconocimiento humilde de la presencia de Dios en nosotros, tenemos que empeñarnos en poner nuestra vida al servicio de este Espíritu, de esta vida de Dios, para que siga expandiéndose y dando fruto.

Hemos de reconocer la vida de Dios en nosotros, no para ensoberbecernos, al contrario, para reconocer que hay en nosotros una fuerza, la del amor, que nos han regalado y que hemos de poner en juego.

San Juan de la Cruz dice que nosotros somos dioses por participación. Es decir, porque participamos de la vida de Dios, del amor que es Dios. Pero una cosa es participar sustancialmente, es

decir, tener común con Dios, como carga genética inconsciente, ese Espíritu, esa vida, y otra, muy distinta, es participar de ella conscientemente y en comunión de amor con Él. La primera es importante, pero, sobre todo, porque es posibilidad y motor de la segunda. Tenemos el Espíritu y por ese mismo Espíritu la posibilidad de reconocerlo “Y nosotros hemos recibido, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha dado gratuitamente” (I Cor 2,12). Tenemos que pedirle a Dios que nos despierte para poder entrar en esa luz. Oremos con palabras de Juan de la Cruz: ¡Recuérdanos tú y alumbranos, Señor mío, para que conozcamos y amemos los bienes que siempre nos tienes propuestos, y conoceremos que te moviste a hacernos mercedes y que te acordaste de nosotros! (LI 4,9)

Como a Dios no le ha quedado nada por hacer, porque no se reserva nada, ¡quien ama no puede hacerlo! Nos dio al Hijo para que tengamos un modelo perfecto de hijo. Jesús nos enseña cómo vivir respondiendo a Dios, cómo vivir llevados por el Espíritu. Jesús es el hombre que vivió la vida de Dios. Su esencia, lo que le hacía vivir y emanaba de él, lo que era más él, era el Espíritu de Dios. Jesús vivía del amor de Dios y amaba con el amor de Dios. Jesús era Dios porque compartía con Dios su Espíritu, su ser.

Jesús es el camino para dar vida al Espíritu

He empezado diciendo que hablar de espíritu es hablar de algo inefable y parece que etéreo, pero no. El Espíritu de Dios se ha encarnado en Jesús y así nos ha mostrado cómo es, qué hace. Vivir en el Espíritu es algo muy concreto: es poner en juego lo mejor de nuestra realidad humana.

Dios en Jesús nos mostró quién es Dios y a qué estamos llamados nosotros. Jesús, Dios y hombre, es el que revela a Dios y al hombre. Jesús es el hombre en plenitud, porque es el hombre lleno del Espíritu Santo. “Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios” “San Agustín, Sermón 13 de Tempore”.

Santa Teresa, a nosotras, sus hijas y a todos los que quieran seguir sus consejos, nos dice esto sobre qué es ser espirituales, es decir vivir del espíritu:

”Poned los ojos en el Crucificado y haráseos todo poco. Si su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos ¿Cómo queréis contentarle sólo con palabras? ¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavo de Dios, a quien, señalados con su hierro que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como Él lo

fue...” (VII Moradas 4,9). Y en menudo, nos lo dice así: “obras quiere el Señor, y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a tí; y si fuere menester, lo ayunes, porque ella lo coma, no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello.

Esta es la verdadera unión con su voluntad, y que si vieres loar mucho a una persona te alegres más mucho que si te loasen a ti. Esto, a la verdad, fácil es, que si hay humildad, antes tendrá pena de verse loar.

Mas esta alegría de que se entiendan las virtudes de las hermanas es gran cosa, y cuando viéremos alguna falta en alguna, sentirla como si fuera en nosotras y encubrirla.” VM 3,11

El Espíritu es amor a Dios y amor al prójimo, que viene a ser lo mismo. Porque, si amamos a Dios, amaremos lo que Él más ama, que son los hombres. Esto es hacer su voluntad. Voluntad viene del verbo “volo” en latín y significa querer. Amar a Dios es amar todo lo que él ama y, amando lo que Él ama, aun sin saberlo, algunos aman a Dios. Nosotros tenemos la dicha de saberlo.

Vuelvo a la Santa para decir que: “Quienes de veras aman a Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno loan, con los buenos se juntan siempre y los favorecen y defienden. No aman sino verdades y cosa que sea digna de amar. ¿Pensáis que es posible quien muy de veras ama a Dios amar vanidades? Ni puede, ni riquezas, ni cosas del mundo, de deleites, ni honras; ni tiene contiendas ni envidias. Todo porque no pretende otra cosa sino contentar al amado. Andan muriendo porque los ame, y así ponen la vida en entender como le agradarán más”(C 40,3)

Esto es la vida espiritual, la de los que se dejan llevar por el Espíritu. Mirad la similitud de este texto de la carta a los romanos con el anterior de Santa Teresa:

“Hermanos: Los que se dejan dirigir por la carne tienden a lo carnal; en cambio, los que se dejan dirigir por el Espíritu tienden a lo espiritual. Nuestra carne tiende a la muerte; el Espíritu, a la vida y a la paz. Porque la tendencia de la carne es rebelarse contra Dios; no sólo no se somete a la ley de Dios, ni siquiera lo puede. Los que viven sujetos a la carne no pueden agradar a Dios.

Pero vosotros no estáis sujetos a la carne, sino al espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo.” (Rom 8, 5-9)

Lo carnal es el egoísmo, nuestros propios gustos, es anteponerme a todos, lo espiritual es poner en el centro de mi vida a Dios, como Jesús nos muestra con su vida y olvidarse de uno mismo a favor de los demás. Y hacer esto contento, sabiendo que agrada a Dios.

Por eso, para prepararnos a hacer sitio en nuestra vida al Espíritu, estando ya próxima la fiesta de Pentecostés, creo que podemos leer los Evangelios. Este año la Iglesia nos propone el de Marcos, para pasar ratos con Jesús, viendo, meditando cómo vivió Él, para aprender a ser hijos de Dios, para entrar en comunión con el Padre y el Hijo. En definitiva, para vivir la vida del Espíritu. Aquí os quiero citar a San Juan de la Cruz con un texto que redundo en esta idea: “lo primero, traiga un ordinario apetito de imitar a Cristo en todas sus cosas, conformándose con su vida, la cual debe considerar para saberla imitar y haberse en todas las cosas como se hubiera él” (1S 13,3).

No tengamos miedo, no estamos solos, no se nos pide nada imposible, solo aquello que podamos hacer en cada momento. “El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; porque no sabemos orar como debiéramos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles” (Rom 8,26)

Tengamos en cuenta al leer este texto que orar es vivir en amistad, en comunión. El mismo Dios pone en nosotros el deseo de comunión y cubre nuestras torpezas para ella. Él va ensanchando nuestro corazón para que la comunión, que Él desea, antes y más que nosotros, vaya abriéndose paso en nuestra vida.

Para finalizar quiero hacer referencia a una faceta de la vida del Espíritu que parece obvia, pero conviene recordar. El Espíritu hace comunidad. Jesús no vivió su entrega en solitario.

La comunidad es el ámbito del Espíritu

Jesús reúne comunidad para compartir el Espíritu que recibe del Padre y Jesús deja a su comunidad el encargo de esta transmisión. El libro de los “Hechos de los Apóstoles” al relatar la despedida de Jesús pone en su boca estas palabras: “recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros; y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra”. ((Hch 1,8)

Casi podríamos decir que el Padre nos da el Espíritu encarnado en Jesús para que comprendamos qué es vivir el hombre del Espíritu y Jesús nos da ese espíritu encarnado en la comunidad para completar esa vida del Espíritu.

Jesús, aunque era hombre, era Dios, pero ¿los discípulos? Estos sí que eran como nosotros en todo, con todas sus limitaciones. Ellos habían vivido con Jesús, en el trato con Él habían ido conociendo su Espíritu y recibéndolo, pero no lo reconocían. Sólo cuando ya no lo tienen entre ellos pueden ir reconociendo que vive con ellos, que, más allá de la muerte, les ha transmitido una vida superior que descubren en su interior y les desborda. La vida de Jesús tiene continuidad en ellos; la misión de Jesús está en manos de ellos. Se sacuden el miedo y empiezan a vivir con alegría y a dar testimonio de la vida que han recibido.

Esta vida reclama formar comunidades de hermanos en las que compartir esta fe (confianza en Dios) y en la que el amor fraterno sea el testimonio de la presencia de Jesús, de la resurrección. Jesús ya había dicho que Él, amándonos, daba testimonio del amor que nos tiene el Padre y nosotros, permaneciendo en su amor, seremos testigos de esta corriente de amor que fluye en la historia: “Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor.” (J 15,9) Y “yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfeccionados en unidad, para que el mundo sepa que tú me enviaste, y que los amaste tal como me has amado a mí.” (Jn 17,23)

Los discípulos, que habían quedado decepcionados y temerosos tras la muerte de Jesús, después de repasar y repasar la vida, los hechos y dichos de Jesús van comprendiendo que sigue vivo entre ellos, que no les ha dejado, que está con ellos y que les da fuerza para ser sus testigos. Con esta confianza se deciden a vivir cómo Jesús les enseñó. Así forman comunidades donde el amor sea la norma de vida. Así ganan prestigio entre los que viven abiertos al Espíritu y la animadversión de los que rechazan el Espíritu.

El Libro de los “Hechos de los Apóstoles” nos cuenta cómo se obra esta transformación en los discípulos, cómo vivían las comunidades y cómo se convierten en testigos del amor de Dios y de la vida del resucitado.

Todo ello va quedando plasmado en las cartas que escribe Pablo a las comunidades. En ellas tenemos información de la vida de las primeras comunidades, de su vida fraterna, de sus logros y sus dificultades. Os animo a leerlas y a repensar vuestra vida como parte de una comunidad en la que podáis hacer crecer vuestra vida de fe.

Estibalitz Reino Prada, ocd, 27 de abril de 2012, Teruel

Contenido

Objetivo:	1
Qué o quién es el Espíritu Santo	1
Lo que sabemos del Espíritu	1
El Espíritu Santo es la herencia de los hijos de Dios.....	2
Participar de la herencia	3
Aceptar la herencia	
Conocer la herencia	
Disfrutar la herencia	
Jesús es el camino para dar vida al Espíritu	6
La comunidad es el ámbito del Espíritu	8